REAL ACADEMIA CONQUENSE DE ARTES Y LETRAS

LAS EDIFICACIONES DE JUAN PACHECO, MARQUÉS DE VILLENA

Discurso de ingreso del

ILMO. SR. DON RODRIGO DE LUZ LAMARCA

en la Real Academia Conquense de Artes y Letras,
leído en Cuenca el día 18 de junio de 1988

y contestación al mismo a cargo del

ILMO. SR. DON DIMAS PÉREZ RAMÍREZ

CUENCA
2010

DISCURSOS ACADÉMICOS / 14

REAL ACADEMIA CONQUENSE DE ARTES Y LETRAS

LAS EDIFICACIONES DE JUAN PACHECO, MARQUÉS DE VILLENA

Discurso de ingreso del

ILMO. SR. DON RODRIGO DE LUZ LAMARCA

en la Real Academia Conquense de Artes y Letras,
leído en Cuenca el día 18 de junio de 1988

y contestación al mismo a cargo del

ILMO. SR. DON DIMAS PÉREZ RAMÍREZ

CUENCA
2010

REAL ACADEMIA CONQUENSE DE ARTES Y LETRAS
Centro Cultural Aguirre
Calle Aguirre, 2
16002 Cuenca

Serie: DISCURSOS ACADÉMICOS, número 14

Depósito Legal: CU-167-2010

Imprime: Gráficas Cuenca, S.A.
Avda. Juan Carlos I, 34

DISCURSO DE INGRESO DEL
ILMO. SR.
DON RODRIGO DE LUZ LAMARCA

ILMOS. SEÑORES, Señoras y Señores

Las opiniones de los cronistas y biógrafos de su época y del reinado de Enrique IV no son unánimes en sus apreciaciones, pues mientras que las vertidas por Hernando del Pulgar en sus **Claros Varones** le son favorables, las de Alonso de Palencia y Enríquez del Castillo se ensañan con don Juan Pacheco y justifican sus hazañas en sus insaciables ambiciones. Pero desde la perspectiva que nos da la historia, no hay que dejar de reconocer que, aún siendo un hombre plenamente sometido a las turbulencias y tensiones de su tiempo, no careció de inteligencia, no exenta de astucia y de sagacidad. Si trató de heredar a don Álvaro de Luna, buscó al mismo tiempo imitar al infante don Juan Manuel, del que procuró adquirir sus bienes y señoríos, siguiendo una norma de conducta muy semejante a la del autor de los **Ejemplos,** del **Libro de Petronio** o del **Conde Lucanor.**

Como constructor, se atribuye a don Juan Pacheco la edificación de las fortalezas de Chinchilla, Almansa, Sax, Villena y algunas otras, aunque es probable que lo único que hiciera fuera reforzarlas y actualizarlas, como se advierte en las exóticas torrecillas del homenaje de la de Villena. Casi todos estos castillos provenían de la época del Rey Sabio, en que constituyeron fuertes apoyos del Adelantamiento de Murcia en la lucha con los árabes de estos territorios. Pero donde mejor se pone de manifiesto su genio constructivo, su innegable y depurado buen gusto, así como sus grandes conocimientos en la técnica de la fortificación, no exentos de intuición y de cierta anticipación sobre la evolución de las artes bélicas, es en las importantes fortalezas de Garcimuñoz y Belmonte que, con El Parral en Segovia y la Colegiata de su

villa natal, forman un plantel de edificaciones que, por sí solas, servirían para acreditarlo como uno de los hombres más aventajados de su época[1]. En el primero, a pesar de las demoliciones decretadas por los Reyes Católicos y el proceso de ruina que viene cebándose en sus restos, todavía se pueden apreciar los avances en la técnica artillera con que lo dotaron las reformas de don Juan Pacheco, sin menoscabo de la elegancia palaciega con que se enriquecieron y aligeraron sus masivas proporciones. El castillo de Arévalo (Ávila), mejor conservado pero algo desvirtuado porque fue convertido hace algunos años en silo de trigo, fue uno de los escenarios de este turbulento reinado y presenta una figura muy semejante a éste, sobre todo en su torre del homenaje, construida posteriormente pero con unas troneras cañoneras rectangulares, probablemente derivadas de los avances del de Garcimuñoz en este terreno. El de Mombeltrán, también en Ávila, dominio primero de don Álvaro de Luna y de don Beltrán de la Cueva después, a quien se debe la parte más suntuosa de esta fortaleza, y el de Cuéllar, en Segovia, por ser de la misma época y del mismo estilo, podrían servir como referencia para imaginar cómo debió ser la estampa original de esta gran fortaleza manchega.

El convento del Parral debió quedar interrumpido a la muerte del de Villena, como se desprende del escalonamiento de sus muros y de sus patéticas jambas abocinadas, abandonadas en el cambio de plan de su portada principal, en la que campean los escudos de su sucesor, Diego López Pacheco. La intervención posterior del arquitecto portugués Pedro Polido hace que este edificio sea citado como uno de los ejemplares más sobresalientes del primer renacimiento español. En su interior se encuentra el enterramiento de don Juan Pacheco en estilo plateresco, en el que el marqués aparece revestido de su armadura, con rostro barbado de nobles rasgos, arrodillado, en actitud orante, destacando sobre un espléndido relieve representando un descendimiento. La fundación de este panteón se debe, según se dice, a su agradecimiento por haber salido con vida en un desafío en este lugar. Otros afirman que dicho convento lo fundó Enrique IV en 1447 para ser enterrado en él. También se encuentran allí los sepulcros de la esposa del marqués, María Portocarrero, y de su hija, la famosa Beatriz Pacheco, condesa de Medellín, quien al fallecimiento de su esposo no vaciló en encerrar a su primogénito en la torre

[1] *Corpus de los Castillos Medievales de Castilla;* Federico Bordejé; Clave, 1974, pág. 62.

mayor de la fortaleza extremeña, situando su cama sobre la losa que cerraba la salida[2], para permanecer detentando el condado. En sus proximidades se conserva todavía, aunque en precarias condiciones, el Ingenio de la Moneda, obra del arquitecto conquense Francisco de Mora.

En el zócalo de la cabecera de la Colegiata de Belmonte aún se conservan los restos de la primitiva iglesia parroquial de San Bartolomé, edificada también por el marqués de Villena. Por ellos se sabe que tenía un ábside poligonal y dos capillas transversales, también poligonales, con estribos cilíndricos los tres, formando en conjunto un crucero de tres brazos poligonales. Es muy posible que los dos fustes con estrías helicoidales, que todavía se conservan adosados al brocal del pozo de la fortaleza cercana, procedan de esta primera iglesia. Sobre estos restos se elevó un presbiterio de planta de herradura, con estribos prismáticos, añadiéndosele dos lados sobre el recinto del crucero y convirtiendo los polígonos de los ábsides de los otros dos brazos en cabeceras de las naves laterales. Según los documentos del archivo, *"don Juan Pacheco había hecho labrar y edificar de nuevo desde los cimientos casi toda la iglesia de Belmonte y hecho edificios muy suntuosos... gastando grandes sumas y que el pueblo también había coadyuvado a las obras"*. En otros se dice que uno de los testigos presenciales se acordaba *"que había visto muchos vizcaínos, cuyo maestre se llamaba Marquina, y a Martín Bonifacio que trabajaba en la iglesia de Belmonte, y que el testigo lo había visto por vista de ojos..."*; por ello se da como cierto que en ella intervinieron los maestros Hanequín de Bruselas y su hermano Egas, de los que Martín Bonifacio era su aparejador[3].

Con fecha de 1436 se expidió por el Concilio de Basilea la Bula de la Colegiata, cuando en él era Eneas Silvio Piccolomini presidente de la Comisión de los Doce que, en la asamblea, debatía problemas de fe y guardaba los sellos acreditativos de la legitimidad de los documentos. En 1459, a instancias del marqués de Villena, se erigió la parroquia en Colegiata por el papa Pío II, el mismo Eneas Silvio protegido del cardenal Juan Cervantes, que también intervino en las obras de la girola de la catedral de Cuenca[4].

El estilo de la Colegiata es el gótico castellano originado en la catedral de Cuenca, conservado con extraordinaria pureza a pesar del tiempo que las

[2] Ibídem, pág. 65.
[3] *Colegiata de Belmonte,* Luis Andujar. Revista ARA, 1977, págs. 1 y 2.
[4] *El misterio de la catedral de Cuenca,* 2ª parte, Rodrigo de Luz. Edición propia, 1988.

separa y cuyas evidentes semejanzas hicieron que el arquitecto Fernando Chueca la incluyese en el grupo alcarreño, directamente derivado de la catedral de Cuenca en los dominios de doña Mayor Guillén, amante de Alfonso X[5].

El coro tallado por *"los maestros Egas de Bruselas y Hannequin, su hermano, andados seis días del mes de marzo de 1454"* para la catedral de Cuenca, tiene escenas bíblicas del Antiguo y Nuevo Testamento y representaciones de la vida cotidiana del hombre. Está presidido por la silla episcopal del obispo Sebastián Ramírez, que realizaron en 1549 Pedro de Villadiego y su cuñado Pedro de Saceda, cuando se cerró el coro catedralicio por el lado de los pilares del crucero en los que ahora están los púlpitos neoclásicos. En 1757, al trasladarse el recinto del coro a la situación actual, el cabildo de Belmonte decidió su adquisición y acomodo en la Colegiata. Ofrece este coro una faceta muy interesante en la fábrica que lo rodea, que muy bien pudiera proceder también de la catedral, ya que su ordenación de pilastras parece ser contemporánea de la silla presidencial aludida. En ese caso, de su análisis se podrían obtener valiosos datos para intentar reproducir la situación de este cerramiento en la nave central de la catedral, la colocación de los altares adosados a él y la ubicación de las grandes rejas en su posición original.

Juan Pacheco, nigromante

Se confunde corrientemente, de una manera interesada algunas veces y por ignorancia otras, a Juan Pacheco con Enrique de Aragón, atribuyéndole inclinaciones nigrománticas que seguramente no poseyó, debido a la relación de ambos con el marquesado de Villena, identificado vulgarmente con el presunto hechicero Enrique de Villena. Sin embargo, no es improbable que el que finalmente se alzase con este título no careciera de ciertos conocimientos en estas materias, extraídos de algunas pertenencias de don Enrique que todavía pudieran haber quedado en las dependencias de sus estados que habían servido de retiro a su anterior poseedor. Lo mismo se puede decir de sus contactos con el papa Pío II, inquietantemente preocupado por las obras de

[5] *Historia de la Arquitectura española,* Fernando Chueca. Dossat, 1965, pág. 359.

la girola de la catedral de Cuenca, aunque en lo que a sus edificios se refiere no sea fácil, a primera vista, observar ninguna señal de este pretendido ocultismo, como no sea en la forma de herradura que en la reforma de la parroquia se dio al presbiterio de la futura Colegiata, lo que, como en la referida girola, podría aludir a una concha como la que cubre el mihrab de la mezquita de Córdoba, o la planta en forma de estrella de cinco puntas del castillo, de la que Bordejé dice que es extraña y única en su género[6], aunque otros autores, como Caso Zuriaga, discrepen de esta afirmación argumentando que si bien los ejemplos de castillos triangulares no abundan, los precedentes más importantes serían el conocido de Poitiers y la fortaleza residencia de Caerlaverock, en la frontera inglesa con Escocia[7].

Lampérez creyó descubrir, y luego otros le siguieron, que el artesonado mudéjar de planta octogonal de la sala destinada a oratorio, era giratorio, produciendo así extraños efectos alucinantes con los reflejos de los espejos y cristales de colores intercalados en sus huecos. Para probarlo se muestran ahora unos mechinales en los muros por los cuales se pretende que se introducían las llaves o tornos que imprimían este movimiento circular al ochavo. A este propósito, añade Bevan, pequeñas campanas fueron suspendidas de este techo revestido de espejos de vidrios polícromos, que se movían con el viento y daban lugar a "agradables armonías" como si de un arpa eolia se tratase[8]. Bordejé no cree en semejante invención de la que no queda hoy ningún otro rastro que, por otra parte, podría haber sido eliminado en las grandes restauraciones que se llevaron a cabo en tiempos de la emperatriz Eugenia.

Al mismo tiempo, no puede ignorarse que los motivos de la concha y la estrella se repiten una y otra vez, de manera obsesiva y constante, en el recinto del alcázar, asociados a las órdenes de Santiago y Calatrava en las que Juan Pacheco detentó bastante tiempo la máxima jerarquía. Por otra parte, se sabe que el escritor disidente conquense Juan de Valdés después de ponerse bajo la protección del de Villena, pasó en 1534 a Nápoles, aunque ya en 1524 se encontraba en Escalona, en el palacio del marqués, que era a la vez un foco de erasmismo y una comunidad de alumbrados dirigida por Pedro Ruiz

[6] Bordejé, o.c., pág. 64

[7] *Las techumbres mudéjares del castillo de Belmonte,* Jaime Gómez de Caso Zuriaga. Diputación de Cuenca, 1984, pág. 16.

[8] Bevan, *Historia de la Arquitectura Española.* Juventud, 1950, pág. 178.

de Alcaraz[9]. En el Nápoles bajo dominio español, dirigió Juan de Valdés las "sacre conversazioni", un cenáculo refinado donde se debatían cuestiones religiosas, al que asistían intelectuales destacados y personalidades de la alta aristocracia italiana. Para este grupo escribió Valdés, entre otras cosas, su **Diálogo de la Lengua**, de 1535 a 1536, en el que se hace intervenir a cuatro personajes, él mismo junto a dos italianos y el propio marqués de Villena bajo el nombre de Pacheco.

Un lejano eco del pretendido ambiente fantástico que pudiera haber existido en la decadente y fastuosa corte del rey Enrique IV, se ha producido ahora en nuestra literatura con la novela titulada **En busca del Unicornio**[10] donde, de una manera totalmente figurada, se narran las vicisitudes de una expedición que, al mando del cronista y fiel servidor del Condestable Miguel Lucas de Iranzo, Juan de Olid, pretendía traer de África el cuerno del unicornio, para remediar con él la impotencia del rey castellano. Según se afirma en el relato, para lograr vencer la terrible fiereza del enigmático animal, era condición imprescindible hacerse acompañar de una doncella certificada, que debería estar presente en el momento de darle caza, requisito que solo se pudo obtener, después de ardua y problemática búsqueda, en la persona de la "recatada" dama conquense Josefina de Horcajadas (probablemente mejor, Horcajada). Es lástima que en esta edición no se haya introducido alguna referencia a las posibles fuentes históricas, remotas o no, en las que se hubiera podido inspirar el autor, quien en otra publicación (*Historia y Vida,* nº 239) afirma que ha imitado el estilo de la crónica titulada **Hechos del Condestable Miguel Lucas de Iranzo,** Gayangos 1855 y Carriazo 1940.

La restauración romántica

El castillo de Belmonte, del que fue su primer alcaide el capitán Alonso Fernández de León, ascendiente por línea directa del célebre Fray Luis de León[11] debió servir de residencia a su constructor, Juan Pacheco, y luego a su heredero y sucesor en el título, Diego López Pacheco, siéndole aplicadas bajo

[9] Juan de Valdés, *Diálogo de la Lengua.* Bruguera, 1972, pág. 13.
[10] Juan Eslava Galán, *En busca del Unicornio.* Planeta, 1987.
[11] *Belmonte.* Publicaciones del ministerio de Información y Turismo. Editora Nacional, 1981.

el dominio de éste algunas de las medidas demoledoras que habían decretado los Reyes Católicos, una vez sometidos los nobles que habían apoyado a su sobrina doña Juana. La estancia de esta última en la fortaleza, según algunos, no puede compaginarse con la realidad histórica, pero otros afirman que estuvo recluida en ella en 1467.

Durante la guerra de sucesión al trono de España sirvió de base militar a las tropas de Felipe de Borbón, frente a las del Archiduque de Austria y posteriormente perdió su dedicación residencial para ser destinado a usos más deleznables, de almacén, cuadras, taller de cantería y reaprovechamiento de sillares, etc., hasta que en 1855 fue visitado por don José María Quadrado, quien reflejó sus impresiones en el tomo II de su monografía dedicada a Castilla. Dice así: *"Seis redondas, colosales torres, ceñidas de modillones en su mayor parte, las unas con escamas, las otras con arquitos esculpidos en el vacío de aquellos, forman los puntos cardinales de su hexágona planta, de cuyos lienzos los tres son rectos, los tres describen ángulo hacia dentro, trazando en cierto modo una estrella. Escalonadas almenas, cual vistosas puntas de encaje, coronaban un tiempo sus muros y corren todavía fantástica y gentilmente alrededor del antemural o barbacana, trepando por cima de los torreones exteriores, o suspendidas cual aéreas guías sobre la puerta de entrada. Única es ahora la que al cercado recinto introduce mirando hacia el pueblo, después que se tapiaron los dos restantes, la una denominada "del campo" frente a la reja de hierro, la otra de "peregrinos" acaso por la cruz y por las veneras de Santiago en su dintel esculpidas; y es fama que por una de ellas salió ocultamente de noche la Beltraneja (Poco de fiar nos parece esta tradición, pues de la historia no se desprende que dicha princesa, sucesivamente custodiada en los alcázares de Buitrago, Madrid, Escalona y Trujillo, estuviera jamás en Belmonte), princesa desgraciada, prisionera siempre de sus mismos defensores, hecha instrumento de la ambición de don Juan Pacheco y de su hijo, y juguete de sus miras tortuosas.*

Todavía existen dentro del glacis las escaleras levantadas al nivel de los adarves, y las aspilleras abiertas en forma de cruz o terminadas abajo en círculo para las ballestas, los arcabuces: lo que de castillo tiene el edificio se conserva mejor que su ornato de alcázar, y los vestigios de su fortaleza sobreviven a los de su pompa y suntuosidad. Entre dos torreones, de los

cuales servía de prisión el más saliente, ábrese la segunda portada compuesta de un arco rebajado dentro de otro tricurvo, cuyo tímpano ocupa gastada efigie de incierta forma, y cuya concéntrica moldura sostiene a cada lado un fénix con el letrero "una sin par" por divisa. Sembrado de escombros aparece el patio, de figura aproximadamente triangular, y en pie dos alas de su pórtico, cuyos arcos achatados pero esbeltos, se engalanan con follajes y colgadizos que arrancan de las aristas de los mismos pilares; el gótico brocal del pozo asoma en medio entre dos gruesas columnas labradas en espiral; las habitaciones bajas o derruidas o trocadas en establos, conservan restos de pintura en su enmaderado techo y anchas orlas de elegantes labores vaciadas en yeso alrededor de sus puertas y ventanas. Pero en las salas superiores es donde más lamentable y completa ha cundido la desolación; hundida yace la galería que sobre el pórtico se levantaba; fáltale a una estancia el pavimento, a otra la techumbre; y las grandiosas chimeneas ceñidas de arabescos, las gallardas puertas ojivales flanqueadas por agujas de crestería, quedan suspendidas en el aire sin comunicación entre sí. Más allá solo vestigios se descubren de un magnífico artesonado impuesto sobre primorosa cornisa de piedra, esmaltado con estrellas de cristal y en sus matices y combinaciones variadísimo. En el hueco de las torres fórmanse pequeños gabinetes, subiendo de uno al otro por escaleras de caracol, con grandes inscripciones religiosas en el friso y pintados casetones en el techo; y al través de aquel laberinto de ruinas persevera únicamente intacto, como para muestra del esplendor antiguo, un cuadrado salón destinado antes a capilla. Allí el suelo enlosado de menudos azulejos blancos y oscuros; allí la rica artesonada cúpula de alfarjía, de figura octógona entre gótica y arabesca, aunque en su dorado y colores deslustrada; allí las dos ventanas abiertas en el grueso del muro, cuyo anchísimo alféizar arriba y a los lados reviste una densa enramada de pámpanos y cardos, formando hasta cinco nichos por untado en la parte inferior, y entre sus hojas presentando mil caprichos de fieras, murciélagos, aves fénix, frailes y cazadores. Trabajo no muy exquisito, si bien de original efecto y por su profusión asombroso, que reservando para los de adentro todos los primores de su ornato, no asoma hacia fuera sino al través de la fuerte reja que cierra rudamente la cuadrada abertura de las ventanas"[12].

[12] *Guadalajara y Cuenca,* José María Quadrado, El Albir 1978, págs. 369 a 372.

Importante texto descriptivo, de gran valor a la hora de intentar ponderar el alcance y las repercusiones de las obras de restauración que se practicaron luego en el edificio, con mejor o peor fortuna. Su contenido, y las amargas quejas y reproches que su autor añadió a continuación por el lamentable abandono de sus propietarios, llegaron al conocimiento de Próspero Merimée, en cuyo libro se basó la ópera "Carmen", de Bizet, quien por aquellos años era inspector general de los monumentos históricos de Francia, y había publicado en 1843 unas "Instrucciones" para su divulgación y conocimiento. Todo ello, junto con la gran amistad que profesaba a la condesa de Montijo, madre de la emperatriz, induce a pensar que fue por su conducto por donde doña Eugenia entró en conocimiento de las graves advertencias de Quadrado.

Napoleón III, como gran entusiasta de la artillería, había impulsado la publicación de una voluminosa historia de este cuerpo, que él mismo compuso o hizo componer. En 1853, llevado de su fervor por las fortificaciones y construcciones de la antigüedad, propuso a Viollet-le-Duc la redacción del proyecto de la Cité de Carcasonne, obra que se comenzó justamente en 1855, el mismo de las lamentaciones de Quadrado. Posteriormente, hacia 1856, ofreció sufragar los gastos de reconstrucción del castillo de Coucy o de Pierrefonds, resultando elegido el segundo por decisión del famoso arquitecto y por su proximidad a Paris. Los trabajos, iniciados en 1858, perduraron hasta la caída del imperio en 1870. El castillo, a falta de algunos detalles, quedó completamente nuevo, según las teorías de Viollet-le-Duc, hoy desechadas, pero que en su tiempo fueron seguidas al pie de la letra por todos los arquitectos de Europa, si bien no le faltaron censores, como Anatole France, quien criticó duramente al célebre restaurador francés por sus invenciones donde las ruinas no se ofrecían con la suficiente claridad[13]. Por su parte, la emperatriz Eugenia, que en 1856 había iniciado la restauración del castillo de Arteaga-Gausteguiz, en Vizcaya, al ser nombrado su hijo "vizcaíno adoptivo" como heredero del antiguo señorío vasco, encargándose de las obras el arquitecto francés Couvrechef, probablemente aconsejada por Merimée, como se ha dicho, adquirió el castillo de Belmonte de la familia Pacheco y emprendió una ambiciosa obra de restauración, a cargo del arquitecto Sureda, que se inició en 1857 y se interrumpió en 1872, como consecuencia del funesto desenlace de

[13] *Corpus de los Castillos medievales de Castilla,* F. Bordejé. Clave, 1974, pág. 66.

la guerra franco-prusiana. Prosiguieron luego algunas labores, probablemente de conservación, a cargo del sobrino de la emperatriz, duque de Peñaranda, y en 1881 pasó a residir en la fortaleza una comunidad de frailes dominicos franceses, los cuales sometieron el edificio a un proceso de adaptación que afectó, entre otras cosas, a sus aspectos decorativos y estructurales, al destinar toda la planta noble a usos de culto y al insertar las cocinas en el lado de levante con remodelación de sus dependencias. Finalmente, en la posguerra, se alojó en el alcázar una escuela de mandos de Falange, que también realizó nuevos repintes en las paredes y procedió a la instalación de duchas y aseos en las habitaciones de poniente de la planta noble, cuyas filtraciones han producido graves daños en los techos de la zona de servicios y han ocasionado el estado de ruina en que se encuentran hoy[14].

Sería de desear que la revisión ahora de las desdichas que han recaído sobre tan noble legado de la historia, a lo que hay que añadir la inevitable inquietud por su incierto futuro, sirviera de incentivo para que, como ocurrió con la denuncia de Quadrado, se produjera una reacción que de forma definitiva lograra impedir que el ya crónico proceso devastador siguiera su inexorable curso y que por su actual propietario, de nuevo el duque de Peñaranda[15], o por quien comparta con él la responsabilidad, se arbitren las medidas oportunas en orden a la mejor reparación y conservación de tan excepcional hito de nuestro patrimonio común y así recibiera el trato que le corresponde, y que sin duda se merece, por sus elevados y unánimemente reconocidos valores.

El arquitecto Juan Guas en Belmonte

En la publicación antes aludida, que en dos entregas hizo el periódico *El Día de Cuenca*[16] se hace mención a que las recientes investigaciones atribuyen este castillo al arquitecto de origen flamenco Juan Guas, sin que por el autor del trabajo se haga ningún comentario sobre tan interesante aspecto,

[14] *Las techumbres mudéjares del castillo de Belmonte.* J. Gómez, Diputación Provincial de Cuenca, 1984, pág. 14.
[15] El ducado de Peñaranda de Duero lo detenta desde 1971 don Jacobo Fitz-James Stuart, hijo de la duquesa de Alba, doña Cayetana Fitz-James Stuart. Diario YA, 8 de marzo de 1988.
[16] *El Día de Cuenca,* Rafael Risueño Villanueva, 4 y 7 de abril de 1985.

ni se aporte alguna información de las fuentes en que se ha basado para su aserto. Del actual aspecto externo de la edificación es difícil extraer, a simple vista, ningún indicio que permita aceptar tal autoría, si bien hay que tener presente que en el desaparecido patio porticado que, con breve párrafo *("el patio de figura aproximadamente triangular, y en pie dos alas de su pórtico, cuyos arcos achatados pero esbeltos, se engalanan con follajes y colgadizos que arrancan de las aristas de los mismos pilares")* despacha Quadrado y que luego Sureda sustituyó implacablemente por su desafortunada y anodina obra neomudéjar, sin dejar constancia alguna, escrita o gráfica, de su estado original, es en donde seguramente se podrían observar y comprobar mejor las características tan propias de su original estilo. Si bien, como ya se ha dicho, la planta y la traza del alcázar son insólitas en España y denuncian claramente su posible origen en Francia o en Inglaterra. Por otra parte está la conocida relación del arquitecto hispano-flamenco con el marqués de Villena en su obra de El Parral de Segovia, lo que remite a su biografía cualquier intento de profundización en esta pretendida atribución.

Juan Guas era hijo de Pedro y de Brígida Tastes, vecinos y naturales de la ciudad de León, en Francia, la actual Saint-Pol-de Leon, en la Bretaña, en la que uno de sus santos patronos es San Wast. En 1459 trabajaba ya con su padre en la Puerta de los Leones de la catedral de Toledo y, precisamente en ese mismo año, el 24 de febrero, firma en Torrijos la carta de arras para su matrimonio con Marina Álvarez[17].

Las primeras trazas conocidas las hizo Guas para la catedral de Ávila, donde trabajó de 1461 a 1463 en la portada principal de la que sólo queda la arquivolta interior. No se desmiente su formación en el taller de los Egas, sobre modelos flamígeros europeos. Es muy probable que se le deban las trazas del claustro de El Paular. En 1472 contrata la capilla mayor de El Parral, donde le ayuda el maestro Bonifacio, y comienza el claustro viejo de la catedral de Segovia, terminado en 1485, luego trasladado a la nueva catedral.

Cuando el poderoso marqués de Villena, don Juan Pacheco, salió airoso en 1447 de un terrible desafío y por haber pedido auxilio a Santa María del Parral, prometió transformar su ermita en un suntuoso convento jerónimo. Otros aseguran que lo fundó el mismo príncipe Enrique, aunque

[17] *Historia de la Arquitectura española,* F. Chueca, Dossat, 1965, págs. 598 a 600.

bajo el nombre de don Juan Pacheco para excusar la murmuración de que en vida de su padre ya elevaba fábricas. Colmenares, en su historia de Segovia, publica detalladamente la tramitación de este asunto, de donde se desprende que el fundador era el marqués y el interesado, el monarca. Tanto que, hasta que en 1459 empezó a reinar, no se comenzó la obra. Hizo la traza de la iglesia Juan Gallego, vecino de Segovia, pero la cabecera se debe a Guas y a Bonifacio. Es singular la importancia de este gran templo de El Parral, porque inaugura, siendo más antiguo, la serie de iglesias monásticas (de jerónimos y de mendicantes, sobre todo) del tipo que se ha llamado "Reyes Católicos". En este caso, el tipo precede a los monarcas que le dieron el nombre. Se trata de templos de una nave, capillas entre los contrafuertes, crucero alineado con los muros parietales y cabecera poligonal. El coro se coloca a los pies, en alto, sobre una bóveda. Para una mejor visibilidad desde el coro, el altar se eleva sobre unas gradas.

El crucero de la iglesia de El Parral es ancho, de brazos cortos y sesgados, lo que da a la cabecera la sensación grandiosa de su espacio único. Contribuyen a su magnificencia los grandes ventanales, el apostolado de Sebastián de Almonacid, el retablo plateresco y los suntuosos sepulcros de los Villena.

La portada de ingreso a la sacristía es una filigrana en piedra más alambicada por su trazado curvilíneo y su modelado que otras obras de Guas. Está cerca del flamigerismo de Hannequín de Bruselas y se emparenta con la portada de la iglesia de Santa Cruz, también en Segovia. Uno de los claustros es de piedra, con arquerías tremoladas en el piso inferior y conopiales arriba, parapeto calado y cornisa de bolas. Es obra sobria, de cantería basta, pero de concepto y detalles coincidentes con los de Guas. El claustro grande es de estilo mudéjar, inspirado en el de Guadalupe, pero con detalles muy toledanos.

De 1466 a 1469 sigue trabajando en la Puerta de los Leones, mientras Isabel acaba de ser proclamada reina de Castilla y Fernando, por la concordia de Segovia, compartía con ella el poder. Los nobles y prelados disidentes pidieron auxilio a Portugal, para defender los derechos de la Beltraneja, pero fueron derrotados en los llanos de Toro (1476), vengándose así la afrenta de Aljubarrota. Gracias a esta victoria, puede Juan Guas construir la obra más significativa del nuevo reinado, la que lo simboliza artísticamente, San Juan

de los Reyes[18]. Es también famoso por el castillo de Manzanares el Real y, sobre todo, por el palacio del Infantado en Guadalajara.

Queda la incógnita de si las bolas ornamentales, derivadas según algunos de los "crochets" franceses, fueron obra de Guas, si este motivo es o no invención de Guas. El caso es que éste lo haría suyo y lo impondría en el estilo isabelino[19]. Juan Guas murió en 1495 y dejó sin terminar su obra cumbre, San Juan de los Reyes.

La comparación de la cronología de este resumen biográfico con la de las edificaciones en Belmonte y las grandes analogías de la planta de la iglesia del Parral y de la que se desprende de los restos de la parroquia anterior, aún visibles bajo la fábrica de la colegiata, así como la constancia documental de la presencia del maestro Bonifacio en sus obras, permiten aceptar el supuesto de que la primitiva iglesia proceda del taller de los Egas, en el que el maestro Martín Bonifacio estaba integrado y que en su ejecución tuviera intervención destacada el joven Guas. En ese caso, si la primera iglesia se inició como es probable entre 1436 y 1459, intervalo entre las bulas del Concilio de Basilea y del papa Pío II, la planta que todavía se puede reconocer en ella, de crucero con extremos poligonales alineados con los muros laterales exteriores, cabecera poligonal y presbiterio con gradas, -con cierre de siete lados en el ábside y de cinco en los brazos del crucero contra los tres de los polígonos del Parral-, sería el modelo inicial de iglesias monásticas que luego se adoptaría como básico en el estilo llamado de los Reyes Católicos. Aunque este patrón, como ya se viene diciendo reiteradamente[20], no es más que el resultado final de la síntesis de todas las corrientes que surgieron de la original cabecera de la catedral de Cuenca, que las órdenes mendicantes copiaron y divulgaron por toda Europa y que en Alemania y en Francia habían adoptado las casas reinantes y que, finalmente, dos siglos después, vinieron a confluir en esta relativamente modesta colegiata de Belmonte.

[18] *Historia de la Arquitectura,* Chueca, pág. 599.
[19] *Historia de la Arquitectura,* Chueca, pág. 599.
[20] *La catedral de Cuenca del siglo XIII, cuna del gótico castellano*, Rodrigo de Luz Lamarca. Edición propia, 1978. *Las Órdenes Menores y la catedral de Cuenca,* Rodrigo de Luz, edición propia, 1980. *Arquitectura gótica,* Leopoldo Torres Balbás; Ars Hispaniae, Plus Ultra, 1952, pág. 165. *Cuenca y su entorno,* Editora Arnao, 1986, págs. 34 a 39, Rodrigo de Luz.

La reformas tardogóticas que se llevaron a cabo después y que son las dominantes en el templo, se debieron realizar a finales del siglo XV. Probablemente sea en su portada donde mejor se pueda rastrear la huella de Juan Guas, al que de inmediato habría que adjudicar la cornisa adornada con las clásicas bolas. También será interesante esta portada, entre otras cosas, por su atrio entre dos cuerpos laterales, por recordar demasiado el modelo que utilizó el arquitecto renacentista conquense Francisco de Mora para la fachada de la iglesia de San José, de Ávila; luego su sobrino Juan Gómez de Mora tuvo lazos familiares en Belmonte[21]. Por todo ello no es muy aventurado atribuir al arquitecto hispano-flamenco no solo el castillo de Belmonte sino, y aún más, el de Garcimuñoz, con su armoniosa portada en cuyas escaraguaitas[22] aparecen las consabidas bolas orlando sus arranques. Es evidente su semejanza con la que da acceso al patio de la fortaleza belmonteña y todos serían los únicos restos del paso de este arquitecto por tierras de Cuenca, donde quién sabe si no estaría el origen de su supuesta invención decorativa, ya que en la magnífica puerta románico-ojival de la iglesia de Arcas el motivo ornamental de las bolas surge sorprendentemente en los chaflanes de las jambas en la rosca interior del arco abocinado, para asombro y desconcierto de cuantos estudiosos se enfrentan con su investigación y datación. Este hastial presenta evidencias bien patentes de estilo, proporciones y ejecución que lo separan del resto de la fábrica de la iglesia tardo-románica a la que se encuentra adosado, por lo que cabe pensar que habría podido ser trasladado aquí, probablemente desde el crucero de la vecina catedral, en cuya cabecera prestaría funciones de puerta principal de modo provisional, hasta que fuera necesaria su eliminación al reanudarse la edificación, en el primer cuarto del siglo XIII, alzándose la fachada del templo, con un posible coro-tribuna en el interior y el brazo mayor con su original triforio.

En el templo mayor conquense, como se sabe, trabajaron en 1454 los Egas labrando la magnífica sillería del coro ojival que, casualmente, se encuentra hoy en la Colegiata de Belmonte y Hanequín de Bruselas decoró hacia 1465 la capilla sepulcral del maestre Pedro Girón, en la iglesia del convento de Calatrava la Nueva, de la que no ha quedado el menor rastro[23].

[21] *Juan Gómez de Mora.* Catálogo del Ayuntamiento de Madrid. Virginia Tovar, 1986, pág. 37.
[22] *Vocabulario básico de Arquitectura,* José Ramón Paniagua. Cátedra, 1985.
[23] *Arquitectura Gótica,* Torres Balbás, pág. 266.

Existe otro castillo, el de Turégano, en la provincia de Segovia, en el que el marqués de Lozoya señaló la intervención del arquitecto Juan Guas poco después de 1468. La mayor parte de la edificación se debe al obispo de Segovia Arias Dávila, quien aplicó en él las corrientes dominantes en los reinados de Juan II y Enrique IV[24]. La comparación de esta iglesia-fortaleza con las de Alarcón y Belmonte es por ello muy interesante, pues evidencia grandes semejanzas en todos sus elementos, pero sobre todo destaca el gran parecido existente entre los recintos exteriores –almenas escalonadas, puertas de acceso, etc.- de la segoviana y de la segunda conquense. Todo ello no hace más que añadir nuevos argumentos para reforzar tanto la hipótesis de Lozoya como las mantenidas hasta aquí para las edificaciones del marqués de Villena.

[24] *Corpus de los Castillos medievales de Castilla,* Espinosa de los Monteros y Martín Artajo, págs. 409 a 411.

CONTESTACIÓN DEL ILMO. SR.
DON DIMAS PÉREZ RAMÍREZ

Excmo. Sr. Director de la Real Academia Conquense
Ilmos. Señores Académicos.
Señoras y Señores

Ante todo, vaya mi agradecimiento a ti, querido amigo Rodrigo de Luz Lamarca, por haberme elegido para que, en la ocasión solemne de tu investidura como académico de número, haga contestación a tu discurso en nombre de la Real Academia Conquense de Artes y Letras.

Muchas veces hemos coincidido, con ilusión, en actos semejantes; muchas veces hemos hecho sabrosos comentarios en particular sobre temas puntuales de la cultura conquense; muchas veces hemos discurrido por las naves de nuestra maltratada catedral, haciéndote yo preguntas sobre detalles de su arquitectura y poniendo tú a mi disposición tus conocimientos, observaciones y reflexiones acerca de los mismos.

Por todo ello, como en un amistoso encuentro más, te agradezco cordialmente esta designación y, después de escuchar otra de tus disertaciones, aunque ésta en un contexto especial, me dispongo a dedicarte a mi vez unas palabras, en las cuales debes ver mi admiración por tu constante quehacer y entusiasmo, y mi deseo de reafirmar lo que terminas de decirnos, completándolo con alguna pequeña precisión, que tú habrías hecho lo mismo o mejor que yo pero que, benévolamente, me has dejado decir, para que mi palabra en esta mañana, ante este distinguido auditorio, tenga algún contenido.

La luz, amigo, es el primer elemento cósmico. Siempre he pensado que, juntamente con el agua, es lo más bello que ha hecho Dios. Luz y agua. Mar infinito y luz eterna. Agua que purifica, que refresca y da vida. Luz que ilumina,

que hincha y trasciende. Elementos imprescindibles en el origen del cosmos. Elementos imprescindibles en el origen de la nueva generación cristiana. Así el bautismo es luz que penetra, fe que te invade, gracia transformante, conducida por el agua de la regeneración bajo la fórmula trinitaria. Todo se hizo siempre, desde el origen, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Pero en la luz y en el agua. Así surgieron los mundos y así apareció y se sigue aumentando la última creación, el hombre nuevo en Cristo. Dios vio desde el principio que todo era bueno. Como salido de su voluntad y de su mano. No hubiera sido preciso cambiarlo nunca. Por eso, para un alma transparente como la de Francisco de Asís, todo era puro y hermoso y fraterno. El hermano Sol, el hermano lobo, la hermana calandria y la hermana flor. ¿También el hermano hombre?

El hermano hombre parece haberse equivocado muchas veces en el desarrollo de su propia historia. Creado, ante todo, para amar, con frecuencia ha olvidado su destino. Y, aún después de vuelto a regenerar, ha sido continua la serie de sus desvíos. El hombre, a veces, no ha amado.

Me admira y me apena la exigencia despótica con que nos hemos tratado unos a otros. Más exigentes entre hermanos que el Padre Dios lo había sido con nosotros. Luz y agua purificando para siempre nuestra sangre, al aplicar misteriosamente la eficacia de la sangre derramada del mismo Dios hecho hombre, y nosotros, torpes, exigiéndonos una inconcebible mayor limpieza. ¿De qué se habían de limpiar los cristianos, aunque nuevamente convertidos de judíos o de moros, si su sangre estaba ya tersa y resplandeciente por el bautismo? ¿No era petulante, y muy a la española, pedir mayor limpieza que la otorgada por Dios mismo? ¿O es que nuestra fe no era completa?

Por eso, como marionetas o pobres muñecos de guiñol, hubieron algunos de cambiar sus apellidos para poder seguir representando algún papel en este gran teatro de la vida. Con la luz del bautismo vino a residir la Luz del apellido nuevo en la entraña de respetable familia conversa. No estaba mal la adopción del sobrenombre. Les daría prestigio ante la sociedad que, para admitirlos plenamente, así lo había determinado.

Un Alonso de Luz, descendiente de judíos, aparecerá en ciertos documentos inquisitoriales de la época de los Reyes Católicos, desposado en Castillo de Garcimuñoz con una Violante González “la Blanquilla”, viuda,

conversa de judíos y judaizante, por más señas. Un hijo de esta Violante, cuyo padre, indudablemente judío, permanece en la sombra, será nombrado por el marqués de Villena, don Juan Pacheco, alcaide de Alarcón. Se llamaba Hernando del Castillo y fue acusado también de judaizar.

Siglo XV castellano de enredos, transiciones, aventuras y empresas alocadas cruzando mares ignotos, que despedirá unas formas de vivir, ya un tanto maltrechas para los hombres de entonces, y saludará otras nuevas. Siglo de las bases para la unidad de España, para la universalidad de España, para la prosperidad, efímera luego, de España. Siglo de la creación de un estilo propio en las artes plásticas, en especial en la arquitectura. Siglo a la vez de la implantación de la Inquisición moderna, nueva versión de la medieval, persiguiendo unos ideales precariamente conseguidos. Siglo de la expulsión de los judíos, es decir, del comienzo de las añoranzas del Sefarad, desde todos los caminos y todas las tierras del mundo...

Parece que nuestro Rodrigo de Luz, al sentar plaza en la Real Academia Conquense, ha querido hacerlo recordando sus ancestros. Fue en aquel extraordinario siglo XV, que tanto representa en nuestra Historia, donde sus antepasados, al hacerse cristianos, dolor y gozo a la vez, adoptaron el honroso apellido. La sombra del marqués de Villena, don Juan Pacheco, gravitaba sobre sus súbditos de Alarcón y de Castillo de Garcimuñoz, e influía en sus destinos. La sombra del marqués se proyectaba también, con mayor radio de acción, sobre los mismos destinos de Castilla. Construía don Juan o reformaba sus castillos, sus moradas señoriales y sus capillas mortuorias –para sus padres y abuelos en la colegiata de Belmonte, para sí mismo y su esposa en El Parral de Segovia-, como una defensa, como un reto y como una emulación de los mismos reyes. Por eso hasta llegaba a contratar a los mismos canteros y maestros de la piedra que estaban al servicio de los monarcas.

Todo esto nos lo ha querido Rodrigo de Luz recordar en su discurso de ingreso, que con tanta fruición hemos escuchado. O quizá se lo haya pedido su propia sangre y no haya tenido más remedio que decirlo. A través de su vocación auténtica de docto en arquitectura nos ha hilvanado unas preciosas notas sobre lo que fueron las innumerables construcciones del marqués de Villena, sobre todo las más significativas e importantes, encuadrándolas en la obra de los maestros que, atraídos por aquella efervescencia artística de

la Castilla del XV, sobre todo en su segunda mitad, llegaron a estas tierras y, en unión con los naturales, crearon un estilo peculiar, fecundando las formas flamígeras, aprendidas en el norte de Europa, con el casticismo mudéjar e iniciando un todavía balbuciente renacimiento español.

Anotemos que la inquietud de Rodrigo, desde hace unos años, por todo lo esotérico, lo extraño, lo que permanece en la penumbra, en el claroscuro, lo que significa trasmutación de formas o trasposición de planos, le ha obligado en esta ocasión a fijarse en un personaje, Villena que, desde luego, nada tuvo de nigromante, aunque por homologación con el personaje que ostentó el mismo título, a veces haya sido confundida su figura, pero sí que fue de actuación equívoca en la política, rozando el maquiavelismo a veces, iniciando además en su pequeña corte de Escalona, como insinúa Rodrigo, un grupo de sospechosa espiritualidad, que patinará, en tiempos del siguiente marqués, hacia modos de oración y recogimiento reprobados por la Iglesia.

Y se ha sentido obligado Rodrigo de Luz a fijarse en una de las facetas menos puestas de relieve por los historiadores y biógrafos del marqués de Villena, la de constructor, en un momento, porque así lo quiso su destino, de arquitectura vacilante o, mejor, de transición, como es Juan Guas, probablemente nacido ya en Toledo, pero de padres, Pedro Guas y su esposa, venidos de allende los Pirineos, de la Bretaña francesa, considerado como el creador del mal llamado "estilo Isabel".

Es significativa la existencia o aparición del estilo en que se construyen las obras ideadas por Villena. No se si es desazón que produce en las mentes que lo contemplan, ignorancia o falta de profundo estudio, hasta hace poco, de los especialistas, sincretismo de formas o raíces ocultas en sus mismas manifestaciones, lo cierto es que, si se busca su consignación en los manuales de Historia del Arte, unos autores lo presentarán como un apéndice o fase final del gótico florido y, en cambio, otros lo considerarán como un antecedente del renacimiento español, casi como un pre-renacimiento, de tal modo que, hasta tiempos muy recientes, no se le ha dado denominación propia.

Fue Bertaux quien, en 1911, en un magnífico estudio incluido en la *Historia del Arte*, de André Michel, le dio el nombre de "arte isabelino", que hoy desagrada a casi todos. Pijoán, en el tomo XVII de su *Summa Artis,* aparecido en 1959, muestra su preocupación por tal nombre que, dice, puede

confundirse con el arte de la época de Isabel I de Inglaterra o, igualmente, con el del tiempo de Isabel II de España, añadiendo que no es justo dar el solo nombre de la reina a un estilo que, con el mismo interés, fue promovido también por Fernando, proponiendo la denominación de "Arte de los Reyes Católicos" que, por cierto, tampoco ha contado con la aceptación general pues, aunque tuvo su apogeo en el reinado de Fernando e Isabel, sin embargo ya estaba en marcha bastantes años antes, con Enrique IV e incluso con Juan II.

Por eso Joaquín Yarza, en el segundo tomo de la *Historia del Arte Hispánico*, dedicado a la Edad Media, Madrid 1980, no se decide por un nombre y sencillamente habla de la *"apoteosis y canto del cisne del último gótico"*.

En el segundo tercio del siglo XV trabajan ya por estas tierras Egas Cueman y su hermano Hanequín de Bruselas, autores del coro de la catedral de Cuenca, hoy en la colegiata de Belmonte, que han intervenido en la obra de la girola de la misma catedral, a los cuales nuestro amigo Rodrigo de Luz sitúa trabajando en la edificación de la citada colegiata, ya que en las cuentas se cita al maestro Martín Sánchez Bonifacio, que formaba parte del equipo de aquellos, y solía hacer de aparejador. Luis Andújar, en su libro *Belmonte, cuna de fray Luis de León. Su colegiata,* deja bien sentado y documentada, hasta donde es posible, la presencia actuante de los hermanos Cueman, en especial Hanequín, en la cabecera o capilla mayor de la colegiata, que es la parte del edificio indudablemente terminada antes de la muerte de Pacheco, en 1474.

Es notable la huella que deja Hanequín en los lugares por donde ha pasado pero, sin lugar a dudas, el maestro más importante de esta época es Juan Guas, el cual se posesiona del mudejarismo toledano para introducirlo en las elegancias y últimos barroquismos del gótico y es considerado como el creador del nuevo estilo. Pronto se podría contemplar por todas partes sus características *"decoración en yeso, que reviste los muros y en la que se funden en apretado relieve los temas góticos o renacientes con los moriscos"*. Este trasvase del espíritu musulmán a las formas góticas germanas ha sido lo que más ha contribuido al carácter nacional de esta singular arquitectura.

La intervención de Juan Gas en los monasterios de El Paular, en la sierra de Madrid y de El Parral, en Segovia, es motivo suficiente para que pase por la historia del arte español como maestro de primera fila teniendo en

cuenta que el tipo de portada y en general de iglesia que entonces se crea tiene sus ejemplos de realización por toda Castilla y en concreto en varios lugares del obispado de Cuenca, no solo de monasterios, como el de Santa Cruz, de Carboneras, sino en templos parroquiales, como el de Villanueva de la Jara y otros.

Pero el asombro de las siguientes generaciones lo constituyen sus dos principales obras: una de ellas de arquitectura civil, el palacio de los Mendoza o del Infantado, en Guadalajara, y otro de arquitectura religiosa, el monasterio de San Juan de los Reyes, en Toledo. En ambas edificaciones nos abruma Juan Guas, no solo por la grandiosa arquitectura que utiliza, sino, ante todo, por la más que exuberante ornamentación de muros y techumbres, con los que las enriquece.

Rodrigo de Luz ha querido enfrentarnos, a través de su discurso, con la presencia del gran maestro Juan Guas en tierras conquenses, poniendo así un granito de arena y dando un paso en la interpretación de nuestra cultura. De ahora en adelante, cuando visitemos el castillo de Belmonte y discurramos por sus magníficas estancias, al aproximarnos a sus ventanales, antes de admirar el paisaje manchego, que desde ellos puede contemplarse, nuestro sentimiento estético quedará prendado por la belleza inigualable de aquellas labores que adornan jambas y dinteles, verdaderas obras de inspiración gótico-morisca, que Guas determinó emplazar en aquellos lugares para solaz de los moradores y visitantes del castillo, si es que uno puede apartar un minuto la vista, cautivada por la impresión que le han de producir inevitablemente los alfarjes policromados y refulgentes de oro con que ha cubierto esas mismas estancias.

De ahora en adelante, el recuerdo de Guas irá unido al de Hanequín y al de su hermano Egas Cueman. Los canónigos belmonteños del siglo XVIII adquirieron para la colegiata el coro de nogal labrado en el siglo XV para la catedral de Cuenca. ¿Obraron así pensando en armonizar la bellísima capilla mayor del templo con la insuperable pieza que iban a colocar a los pies de la iglesia, haciendo que Egas y Hanequín se encontrasen a sí mismos frente a frente en misterioso diálogo para siempre? Lo más probable es que el maestre de Santiago, don Juan Pacheco, marqués de Villena, no viese terminada la obra de la colegiata, como tampoco vería acabada la del suntuoso castillo, pero su hijo y sucesor, don Diego López Pacheco, con una no despreciable ayuda

del mismo pueblo de Belmonte, hubo de dar fin a toda la obra, reiterando el encargo que su padre hiciera a Juan Guas, al cual, según Rodrigo de Luz, habrá que atribuir la hermosa fachada principal, que no desdice de las construidas por el mismo maestro en otras iglesias.

El cuerpo de la colegiata, con su austera construcción, no parece responder a la fastuosidad con que se hicieron otras. Ello pudo ser debido a la menor abundancia de medios económicos con la que ciertamente se terminó esta iglesia, notándose sensiblemente el contraste con la obra de la cabecera, *"la mejor obra de cantería que había en todo el obispado de Cuenca"*, como afirmaba un testigo en cierto pleito. No obstante, sí que es primoroso el friso o línea de impostas o capitel corrido con que se coronan los pilares que sostienen las bóvedas y, desde luego, atribuible a la corriente ornamental del momento.

Repito que Rodrigo de Luz, desde ahora, tendrá el mérito de habernos puesto en contacto, sin salirnos de los límites de la provincia, con el importante quehacer del arquitecto Juan Guas.

Por ello, en nombre de la Real Academia Conquense de Artes y Letras y en el de todos los amantes de la cultura conquense, doy las más efusivas gracias al Ilmo. Sr. Don Rodrigo de Luz Lamarca, colega ya, con cuya amistad hace años me honro.

He dicho.